

## El carisma dominicano

*Fr. Jesús Espeja Pardo o.p.*

Desde niño me atrajo la Orden de Predicadores y no he querido ser nunca más que un fraile de la misma. Mi pueblo está entre Santo Domingo de Silos y Caleruega. Recuerdo un poco borrosamente que, siendo muy crío, un día fui a Silos con mi padre que tenía cierta proximidad con el abad Dom Luciano Serrano, a quien pude saludar. Aunque los benedictinos prestaban su servicio pastoral en mi pueblo en los tiempos litúrgicos fuertes, y aunque después he tenido relación de amistad con los monjes de esa abadía, nunca sentí ningún atractivo por ingresar en ella. Por el contrario, Caleruega, pueblo de Santo Domingo de Guzmán, donde conocí por primera vez a las dominicas y a los dominicos, fue muy pronto para mí todo un símbolo que suscitaba ilusión. Muchas veces, desde los seis años, bajé a ese pueblo en pentecostés como un monaguillo que aún no podía con el cirial, y con gratitud celebro la memoria de mi madre que con amor y fe me daba de beber agua sacada del pozo que, según la tradición, brotó en el lugar donde nació Domingo. Ingresé con 18 años en la Orden, he ido encarnando a mi modo este carisma, me siento totalmente dominico y en estas páginas quiero reflejar a mi modo este sentimiento.

El carisma es un movimiento de vida, que no se define pero se gusta y de manera aproximada se manifiesta. Domingo de Guzmán fue siempre y sigue siendo para mí la referencia cálida y sugerente. Siguiendo a este profeta, pertenezco a una tradición en la cual he respirado y se ha forjado mi condición de dominico, no como algo pegado desde fuera sino como constitutivo de mi ser y alimento de mi vida. Finalmente, la tradición dominicana se ha modulado para mí en el convento de San Esteban de Salamanca; en él recibí la formación y desde ahí se gestaron mis cambios siempre buscando que dicha tradición sea viva, se renueve conforme a los signos del tiempo, y se libere de tradicionalismos que paralizan y matan. Carisma de Santo Domingo, tradición dominicana y versión peculiar de la misma en la historia que me ha tocado vivir, son los tres apartados de esta sección.

### 1. "PREDICADOR DE LA GRACIA"

Fray Angélico pintó un precioso cuadro con Santo Domingo al pie de la cruz y abrazado a ella. Esa imagen se afianza en los modos de orar que, según códices antiguos, practicaba el santo castellano: en diálogo con el Crucificado, evocaba simultáneamente la misericordia infinita de Dios y la miseria que denigraba irreverentemente a los pecadores. La experiencia de Dios, que nos ama siempre y gratuitamente porque es bueno, fue la sensación fontal de Domingo "predicador de la gracia". Pero el verdadero Dios no es una entidad abstracta o metafísica por encima de las nubes; en Jesucristo se ha manifestado como Alguien que nos acompaña por el camino, afirma todo lo verdaderamente humano, y se hace solidario en nuestra propia aventura. Un Dios encarnado en el dinamismo de cada día y en todos los rincones de nuestro mundo; que quiere la vida en plenitud para todos, se deja impactar por el sufrimiento humano y hace suya la causa de los más débiles. Una

singular experiencia que une inseparablemente la sintonía con un amor gratuito que apasiona, y el profundo estupor ante la dignidad de toda persona humana envuelta y garantizada por ese amor gratuito. Domingo de Guzmán es "contemplativo de la misericordia divina y de la miseria humana".

En mi proceso existencial como dominico ha madurado una convicción que ha modelado mi forma de sentir y de actuar: Dios, el Absoluto, "en quien existimos, nos movemos y actuamos", el que "a todo da vida y aliento", es amor incondicional a favor de todos; venimos del Amor y el Amor es nuestro destino. La gracia nos envuelve, nos acompaña y nos precede. Dios es esencialmente bueno y no sabe más que amar. A pesar de mis deficiencias y las deficiencias que también tienen los otros, hay Alguien que nos ama sin condiciones, no porque nosotros seamos buenos sino porque él es bueno, tiene un corazón generoso. Sobre todo en los últimos años mi preocupación central como dominico ha sido anunciar y hacer creíble la cercanía benevolente de Dios como salvación para los hombres en una sociedad desfigurada por el utilitarismo individualista, donde la gratuidad ya no existe, y tanta gente sufre carencia de amor.

*a) "Hablaban de Dios o con Dios"*

Según sus contemporáneos, Domingo sólo "hablaban de Dios o con Dios". Como predicadores dentro de la Iglesia, hoy los dominicos tenemos la difícil y apasionante misión: hablar de Dios revelado en la conducta histórica de Jesús. La dificultad no está sólo en hablar de Dios sino de qué Dios hablar y cómo hacerlo en esta sociedad secularizada. Cuando la divinidad no es ya fundamento del orden social ni siquiera referencia en la nueva cultura; cuando las relaciones con la divinidad no están libres de miedos propios de esclavos; cuando la indiferencia religiosa es cada vez más extendida, y cuando sobre todo las generaciones más jóvenes no acuden a la religión como fuente de sentido. La buena noticia que hoy puede ser liberadora es el evangelio sobre Dios: infinita ternura. Evangelizar significa transmitir este mensaje gozoso de libertad: posibilidad de perder miedos y crecer en la confianza, pasar de esclavos a hijos. Cuando anuncio esta novedad evangélica en mi forma de vivir, de mirar, escuchar y hablar, estoy ejerciendo el carisma dominicano.

Expresión de un amor gratuito y encarnado, la comunidad dominicana es el lugar donde los frailes tratan de vivir juntos su verdad como hijos de Dios, y comunicar a todos esa calidad de hijos que Dios a todos nos regala, en un mundo todavía desfigurado por la lógica de dominación y por la ley del más fuerte. Domingo fue el primero en fundar una Orden no primariamente para "la salvación y santificación de sus miembros" sino "para la predicación y salvación de las almas".

*b) "¡Qué será de los pobres pecadores!"*

La compasión ante los sufrimientos de las personas humanas fue un rasgo bien notorio en la fisonomía espiritual de Domingo que nació en el seno de una familia y cultura feudales. Ya joven profesor en la universidad de Palencia,

sintió compasión ante la miseria de muchos pobres, y para ayudarles vendió su mobiliario y hasta la misma Biblia de pergamino con notas de su puño y letra: "no quiero estudiar en pieles muertas mientras mis hermanos los hombres se mueren de hambre". Quizá buscando una vida más conforme al evangelio, aquel joven se incorporó a la comunidad de canónigos regulares en Burgo de Osma. Pero en un viaje por el sur de Francia, vio la situación de muchas pobres gentes ignoradas, ignorantes y engañadas. Como el buen samaritano, tuvo lástima y fue consecuente: se quedó con esas pobres gentes para ofrecerles el evangelio de gracia.

Según Jordán de Sajonia, que sucedió a Domingo como Maestro de la Orden, aquel hombre se hacía cargo y cargaba con la miseria de los demás "en el más íntimo santuario de su compasión, y el cálido sentimiento que tenía por ellos en su corazón se descargaba en las lágrimas que afluían a sus ojos". Mirando al crucifijo, Domingo gustaba la cercanía de Dios misericordioso y compasivo; y transformado por esos sentimientos, "había en su corazón una ambición sorprendente, casi increíble, por la salvación de los hombres". Según sus primeros biógrafos, dejaba entrever esa compasión ardiente repitiendo con frecuencia: "¡qué sera de los pobres pecadores!".

En esa compasión, que manifiesta y concreta históricamente la "filantropía de Dios", se debe interpretar la elección de Domingo por la pobreza como forma de optar por la causa de los pobres y transmitirles la buena noticia: Dios no quiere la miseria, pero tampoco la esclavitud de las personas a los ídolos del tener, de poder y del gozar individualista e insolidario. Siendo todavía estudiante, pasó por un pueblecito cerca de Montpellier y en una pequeña iglesia leí la frase que me conmovió: "aquí se inició la Orden de Predicadores". En aquel lugar; donde legados pontificios y obispos emprendían una campaña contra las herejías tratando de reducir con la lógica del poder a los herejes, Domingo dio un paso en otra dirección más evangélica: con algunos que se contagiaron de su idea, emprendió la evangelización en la lógica del pobre, mediante la entrega incondicional a favor de los hombres. En esa lógica entra la "itinerancia"; en vez de la estabilidad en abadías que prometían los monjes, Domingo salió continuamente de su propia tierra.

Hace unos años me resultó curioso ver en el monasterio de La Vid, cerca de Caleruega, una talla de Domingo adolescente vestido de premostratense; posiblemente sus padres le llevaron allí para que recibiera esmerada educación, y sus maestros pensaron en su incorporación a la comunidad, pero la vocación de aquel joven no iba por la estabilidad monástica. Más tarde abandonó su brillante carrera como profesor en Palencia, y finalmente dejó también su porvenir episcopal en el cabildo de Osma. Aquel hombre respiraba un espíritu de compasión que le sacaba continuamente de todas sus seguridades y siempre le mantenía en camino. Después de recorrer incansable los caminos de la Europa medieval, cuando ya la enfermedad le amenazó de muerte inmediata, le llevaron a la celda de un fraile porque Domingo no tenía celda propia. Se habló mucho hace unos años de la "misión de frontera"; creo que no se trata sólo y tanto de hacernos presentes en lugares fronterizos, cuando sobre todo de vivir en actitud de itinerancia, dispuestos siempre a salir del terreno propio, conocido y dominado por nosotros.

### *c) Confianza y amor hacia la humanidad*

Para ese profeta del siglo XIII, Dios y la salvación de la humanidad son dos magnitudes que van inseparablemente unidas. Gustaba la cercanía de Dios en el rostro de cada persona, en cada momento de la historia y en los surcos de nuestra tierra. Por eso abandonó los muros abaciales y medievales para "estar con" los seres humanos, siendo contemporáneo de su cultura y caminando siempre al ritmo de la humanidad como "predicador itinerante". Fue muy consciente del cambio que introducía cuando, siendo los dominicos poco más de una docena, Domingo los dispersó de dos en dos por los centros universitarios más representativos de aquella Europa. Leyendo los signos, se dio cuenta de que surgía una nueva cultura y optó por ayudar desde el evangelio a la gestación de lo nuevo que despuntaba. Su gesto profético desconcertó no sólo a señores feudales sino también a obispos que eran sus amigos. Pero aquella decisión era lógica en una visión positiva de la historia, del mundo y de la humanidad. En su predicación y forma de vivir combatió al maniqueísmo dualista que deja una parte de la realidad fuera de la gracia, como sinónimo del mal y de la perdición.

### *d) Mirada contemplativa del predicador*

Impresionan las declaraciones de los testigos: "Domingo no hablaba más que de Dios o con Dios". Si por otra parte fue incansable predicador que recorrió pueblos numerosos, habló a los cristianos más sencillos y también a la jerarquía eclesiástica de Roma, debemos concluir que toda su actividad procedió en un clima contemplativo. Lo sugieren así sus modos de orar, esos tiempos fuertes donde afloraba y se fortalecía su espacio interior: tendido sobre la losa de la capilla, leyendo un libro, yendo por los caminos de pueblo en pueblo, tendiendo la mano hacia el crucifijo, sometiendo con disciplinas sus instintos egocentristas, y pidiendo ardientemente la salvación de todos. Da la impresión de que para ese hombre no había un tiempo de acción y otro de contemplación. Alcanzado y transformado por el amor gratuito y misericordioso de Dios, descubría la presencia divina en cada persona y en cada suceso.

Sólo en este clima se comprende que la celebración litúrgica cuyo centro es el misterio del Verbo Encarnado, el estudio de la Sagrada Escritura donde se narra la misericordia entrañable de Dios, y el discernimiento de los signos o llamadas del Espíritu que van surgiendo en el tiempo, pertenezcan al carisma dominicano. En ese nivel de contemplación, que garantiza el diálogo continuo con Dios-misericordia encarnada, tiene sentido la comunidad en la Orden de Predicadores. Su finalidad última no es convivir fraternalmente "en un sólo corazón y en una sola alma", sino anunciar el evangelio. Los primeros conventos de dominicos se llamaban "santa predicación"; en la mesa común de los predicadores entran y se procesan los interrogantes y problemas de la sociedad. Compartiendo cuanto son y cuanto tienen, los hermanos conocen y viven su propia verdad desmontando sus máscaras e idolatrías. Según decía Jordán de Sajonia, el convento es "cella veritatis", el ámbito donde cada fraile taladra la superficialidad de las apariencias, para encontrarse consigo mismo

y vivir su propia verdad, que ha de llevar y ofrecer en su actividad de predicador.

#### *e) Dentro de la Iglesia*

La fe cristiana termina en Dios; sólo él es roca firme donde se fundamentan sólidamente nuestros anhelos. Pero sí es posible creer en la Iglesia, con tal de que antepongamos antes el artículo: "creo en el Espíritu" que está presente y actúa en la comunidad cristiana. Entendida ésta no como equivalente a la jerarquía sino como pueblo de bautizados, transformados y animados por el espíritu de Jesucristo. Según esa fe, la Iglesia es un dinamismo vivo del Espíritu en visibilidad histórica, todavía en proceso de realización; siempre ansía llegar a ser lo que todavía no es, y sólo mantiene su identidad mientras acepta la continua reforma. Por eso dos tentaciones amenazan: la instalación en el presente como si fuera ya la meta, y el rechazo sin más de la Iglesia porque aún camina desfigurada por el pecado y por muchas ambigüedades.

En el siglo XIII, y en la región meridional de Francia donde maduró el carisma profético de Domingo, había movimientos y grupos de base popular que, viendo la corrupción de las altas esferas eclesiásticas, habían perdido su confianza en la Iglesia, y se organizaban al margen y en contra de la jerarquía. El fundador de los Predicadores actuó desde dentro y en la Iglesia; estaba convencido de la presencia del Espíritu en la comunidad cristiana que, por tanto, lleva en sí misma el germen, el impulso y la posibilidad de reforma. El introito de la misa en la festividad del santo comienza: "En el interior de la iglesia dijo su palabra".

Pero al mismo tiempo la conducta profética de Domingo supuso una ruptura crítica respecto a la instalación aburguesada de la Iglesia; el boato de los potentados y la lógica del poder no eran forma de anunciar el evangelio, y Domingo eligió la pobreza como único camino de proclamar la gratuidad de Dios revelada en Jesucristo. La Iglesia es ante todo y finalmente una comunidad de vida renovada sin cesar por el Espíritu, en organización visible donde hay un ministerio jerárquico. La Orden de Predicadores brotó como un movimiento profético del Espíritu en la Iglesia comunidad de vida, no pertenece a la jerarquía ni ha nacido para que sus miembros sean obispos o párrocos. Es significativo que Domingo de Guzmán o Tomás de Aquino rechazasen explícitamente la "dignidad" del episcopado. El primer obispo dominico fue Alberto Magno a quien el entonces maestro de la Orden, escribió diciéndole que "prefería verle muerto". Viendo que no era ese su camino, Alberto pronto renunció al episcopado

## **2. IDENTIFICADO CON ESA TRADICIÓN**

En mis tiempos jóvenes, quienes debíamos enseñar teología en un centro de la Orden hacíamos juramento de seguir a Santo Tomás. No me arrepiento de ello, el objetivo del juramento admite amplitud de interpretación, y el espíritu de aquel gran maestro medieval sigue siendo para mí un ejemplo estimulante. De todas formas ese compromiso era el signo de incorporación a

una corriente de pensamiento, a una tradición teológica y a una escuela de espiritualidad.

Hoy ya no se hace aquel juramento y el pluralismo también ha entrado entre los mismos dominicos. Pero el espíritu y el enfoque de esa tradición permanecen; personalmente lo veo más de cerca en el ámbito de la reflexión teológica: de modo espontáneo, casi connatural, entro en sintonía con los planteamientos y perspectivas de teólogos dominicos incluso cuando tienen un talante distinto al mío. Hay en el fondo una sensibilidad y unos postulados que inspiran y encauzan nuestra reflexión. Sugiero algunos de estos principios, que traducen históricamente y con nuevas versiones, el carisma que modeló la fisonomía espiritual de Domingo. Participando ese carisma, me permito hacer una lectura de otros hermanos y hermanas que me han precedido y han sido reconocidos por la Iglesia como fieles a su proyecto vocacional.

#### *a) Misericordia y compasión*

La misericordia como un amor especial que se deja impactar, se hace cargo y carga con la miseria del otro, es una característica muy notoria en los santos dominicos. Tomás de Aquino escribió: "más que obsesionarse por tener información de las realidades divinas, el teólogo debe dejarse transformar por los sentimientos de Dios", "antes es la vida que las especulaciones doctrinales". Montesinos y Pedro de Córdoba respiraban esos mismos sentimientos: cuando dijeron "no a la violencia de los colonizadores españoles en el siglo XVI. En 1539 desde su cátedra en Salamanca, Francisco de Vitoria denunciaba las perversiones de la conquista: "como oigamos hablar de tantas humanas matanzas, de tantas expoliaciones de hombres inofensivos, de tantos señores destituidos y privados de

sus posesiones y riquezas, sobrada razón hay para dudar si todo eso (descubrimiento y conquista de los pueblos amerindios) ha sido hecho con justicia o con injuria". Cinco años antes, al ser informado de los atropellos cometidos en aquellas tierras, comentaba: "se me hiela la sangre en el cuerpo en mentándolos". El humanismo de Vitoria tuvo su versión en el apasionamiento de Bartolomé de Las Casas, "defensor de los indios". Cuatro siglos después en el mismo convento de Salamanca, el gran maestro de teología mística Juan González Arintero vivió con intensidad el "amor misericordioso" que inspiró toda su obra.

El gesto profético de Domingo que, movido a compasión, repartió cuanto tenía entre los pobres, fue "recreado" en distintas situaciones por otros dominicos y dominicas. Sólo a modo de ejemplo, Savonarola juntó y vendió todas las posesiones personales de los frailes para dar el importe a los pobres de Florencia, mientras Catalina de Siena y Martín de Porres daban sus vestidos a los menesterosos.

Reconozco que la compasión me ha hecho malas jugadas para ser un fraile "perfecto". Ante el sufrimiento de los otros, he arriesgado mi prestigio institucional, he relativizado las observancias, y he cuestionado hasta "la santidad" oficialmente propuesta como cumplimiento exacto de lo mandado.

Pero la compasión ha sido también aliciente para salir de la instalación y cambiar mi forma de hacer teología; cuando uno intuye que toda la revelación tiene como artículo central que el Absoluto es amor, compasión y misericordia, entiende bien que la teología se mueve en el interior de la revelación y su principio inspirador es la misericordia. Impactado por la situación de las mayorías empobrecidas, recibí como una gracia la teología de la liberación, trabajé para que diera fruto a favor de los indefensos, y el sordo clamor de los pobres, hoy tan silenciado, sigue siendo aguijón para rejuvenecer mi espíritu, mi discurso teológico y mi predicación. Sobre todo en los últimos años, la misericordia viene siendo como inspiración e impulso para escuchar, comprender, disculpar y perdonar a los frailes con quienes convivo, incluso cuando no pensamos igual o reaccionan agresivamente contra mí. También debo reconciliarme con mi propia deficiencia física, psicológica y moral. Creo que, al final, sólo quedan los sentimientos de misericordia llevados a la práctica.

### *b) La clave de la encarnación*

La cercanía de Dios-misericordia se manifiesta en un amor entrañable y gratuito por la vida y libertad de los seres humanos. Poco antes de morir, el P. Lebret decía: "¡qué bella es la vida!; tienes que estar zarandeando sin parar por la causa del prójimo para mostrar al buen Dios que has entendido". Quien ha gustado esa novedad revelada en la encarnación, deja que Dios sea Padre en él y hace lo posible para que también sea Padre en los otros. Desde la verdad de Dios misericordia encarnada, se comprende la dignidad innegociable de toda persona humana: "hemos sido creados con tal dignidad que no hay lengua que pueda expresarlo" (Santa Catalina). En el siglo XVI los dominicos que denunciaron la crueldad de los conquistadores sobre los indios, se hicieron un interrogante que, de una forma u otra, todo buen dominico se hace ante la opresión de las personas: "¿pero éstos no son hombres?". En el fondo estaba la convicción que Bartolomé de Las Casas expresaba en un pequeño libro: el verdadero tesoro de las Américas, "el tesoro humano de los indios". Quien ha gustado la misericordia gratuita y entrañable de Dios encarnado para dar vida en plenitud a todos, no puede menos de apostar por la dignificación de todas las personas, por su vida, por su autonomía y por su libertad. Suscribo las palabras de Schillebeeckx, un gran dominico de nuestro tiempo: "tengo que decir de todo corazón: es preferible no conocer a Dios, no creer en la vida eterna, que creer en un Dios que, en nombre de otra vida, oprime y humilla al ser humano en esta vida".

Porque la justicia no es más que la versión del amor en situaciones históricas de injusticia, se comprende que la pasión por la justicia-"rectificar lo torcido" en sentido bíblico- pertenece al carisma dominicano. Según el maestro Eckhart, "la Justicia se abre, se revela, se derrama en nosotros", haciéndonos personas justas. Y la Justicia con mayúscula es la justicia de Dios que se inspira y es eficaz sólo en la misericordia, en ese amor gratuito que nos da no tanto lo que merecemos sino lo que necesitamos. Dios manifiesta su justicia optando por la causa de los pobres e indefensos. Sencillamente porque es una causa justa; supervivencia, libertad para ser ellos mismos son derechos inalienables y justo reclamo para cambiar el estado de cosas. Apoyar esa

causa combatiendo las fuerzas que generan o mantienen la situación de injusticia, "pertenece a la predicación del evangelio". Así lo declaró el II Congreso de la Familia Dominicana en 1982. Sólo en esa perspectiva se comprende la fina teología de Tomás: "aquellas cosas que alguien posee en exceso por necesidad razonable, se deben, por ley natural, al pobre".

Hay dos modos de responder a la injusticia en el mundo. Uno que se ha llamado "terapéutico": cuidar enfermos, enseñar al ignorante, alimentar a los hambrientos; muchas congregaciones y grupos cristianos han respondido eficazmente a esa demanda; una respuesta necesaria y laudable. El carisma dominicano sigue otro camino que llamo "profético", sin negar este mismo calificativo al modo anterior. Se trata, en expresión del P. Leuret, de ser "inteligentemente compasivo hasta el punto de emplear sistemáticamente los medios necesarios para abolir la miseria".

Es aquí donde se comprende la sintonía de la tarea teológica con el carisma dominicano, siempre que se entienda esa tarea inspirada por una mística de la misericordia como empeño hermenéutico: re-interpretación de la única fe o experiencia cristiana en las nuevas experiencias humanas que sólo existen dentro de una situación cultural y en un tejido social conflictivo. La teología como "una compasión inteligente" necesita discernir, estudiar a fondo, servirse no sólo de la Escritura y de la Tradición viva para conocer la permanente fe cristiana, sino también de las ciencias humanas para conocer a fondo ese dinamismo complejo que llamamos realidad social. La predicación y la teología del dominico se inspiran en la encarnación o "compromiso irrevocable de Dios en la historia secular".

Superando todo dualismo maniqueo. La Orden de Predicadores nació para predicar el evangelio combatiendo el dualismo de la herejía maniquea extendida en el siglo XIII por el sur de Francia. Según sus mentores el mundo creado es malo, y el cuerpo humano es asiento del mal; la salvación vendrá huyendo de la creación

y de todo lo relacionado con la carne. En el fondo negaban la encarnación del Verbo. Domingo reaccionó proclamando que todo lo creado es bueno; lo son especialmente las personas humanas, creadas a imagen de Dios; el cuerpo y la carne participan de esa bondad, pues la Palabra realmente se hizo carne. En la experiencia del santo castellano, Dios y humanidad no son rivales ni contrarios; la verdad de Dios significa salvación o realización plena de la humanidad.

Tomás de Aquino tradujo bien esta experiencia unitaria en su discurso teológico, articulando cuerpo y alma, naturaleza y gracia, este mundo y el otro. Distingue entre los polos de estos binomios no para separar sino para unir: la persona es un cuerpo animado y un espíritu encarnado; la gracia perfecciona la naturaleza; los cielos nuevos y la tierra nueva no serán otros que éstos hechos perfectos bajo alguna forma imposible de predecir.

En esta unidad se comprende bien la contemplación. No es búsqueda de tranquilidad o paz interior como fin de sí misma; una especie de droga para narcotizar contra el dolor del mundo. Tomás de Aquino denuncia ese tipo de

contemplación como egoísmo manifiesto, mientras Catalina de Siena ve como pecado sutil la obsesión de hallar consuelo en Dios evitando el compromiso histórico en ayuda del prójimo necesitado. La misma santa tuvo la tentación de cerrarse a solas con Dios, y se resistía cuando la sociedad solicitaba su intervención; pero entendió que la verdadera contemplación cristiana abraza también al mundo y es clima necesario para un compromiso evangélico en la historia: "Yo (Dios) no tengo ninguna intención de separarte de mí, sino al contrario, tenerte segura ligándote a mí lo más cerca con el lazo de tu amor al prójimo". Dos teólogos dominicos de nuestro siglo han dado testimonio de esta visión unitaria que incluye la encarnación del Verbo. Con perspectiva cósmica genial, Chenu habló en sus últimos años de la "espiritualidad de la materia", mientras Congar diagnosticó sobre el ateísmo de nuestro tiempo: "a una religión sin mundo ha sucedido un mundo sin religión". Hay que recuperar el evangelio de la encarnación donde lo divino y lo humano van inseparablemente unidos.

### *c) Búsqueda de Dios en los surcos de la historia*

En la experiencia dominicana de Dios-misericordia encarnada, no cabe una visión metafísica ni abstracta sobre la divinidad. Domingo de Guzmán no fue ningún filósofo que hiciera profundas especulaciones, sino un hombre alcanzado por los sentimientos de Dios, que trató de ser coherente con los mismos en su práctica histórica. Otro gran dominico del siglo XIII, Tomás de Aquino, tuvo como meta de sus empeños la búsqueda de Dios cuya cercanía gustó en su experiencia mística, pero cuya trascendencia respetó dejándolo ser único Señor. Le conocemos, afirma, como a un desconocido; todos nuestros conceptos y enunciados se quedan a medio camino, son aproximaciones a la realidad de Dios que gustamos por la fe; ni siquiera en el cielo comprenderemos plenamente a ese Dios que será para nosotros fuente inagotable de felicidad. El maestro Eckhart y Catalina de Siena son dos testigos de esa incontrolable inmensidad de Dios en su benevolente cercanía.

Tuve la suerte de conocer a un gran teólogo dominico de nuestro siglo, el P. Santiago Ramírez. Entre sus muchas obras destacan cinco volúmenes en latín sobre "la felicidad del hombre". Había pasado su existencia y había puesto sus facultades en juego buscando a Dios como felicidad para todos los mortales. Pero un día, poco antes de su muerte, me confesó entre lágrimas: "¡Dios, Dios! toda la vida buscándolo, por fin lo encontraré". Años antes asistí como alumno a un cursillo dictado por aquel brillante profesor sobre un artículo de Santo Tomás: "si en el cielo veremos a Dios todo y totalmente". Nuestro cursillo concluyó: nunca podremos agotar la infinita bondad de Dios. Es la convicción que al mismo tiempo inspira mi búsqueda y la confianza en que mi porvenir es de gracia.

Porque Dios es siempre mayor y su eco es percibido en los surcos de la historia, el carisma dominicano incluye la pasión por lo nuevo: discernir lo que despunta y desbrozar el camino para el nuevo nacimiento. Lo peculiar de este carisma no es asumir tareas pastorales en la iglesia local a largo plazo como párrocos o coadjutores; por eso los capítulos generales aconsejan que, de aceptar parroquias, se acepten sólo con carácter temporal y sin detrimento para la predicación "itinerante". Lo nuestro es leer los nuevos signos y abrir

nuevos caminos para que los hombres descubran esa presencia de Dios tan real como discreta. Domingo de Guzmán fue un ejemplo paradigmático, y en el ámbito intelectual otro dominico, Tomás de Aquino, plasmó ese carisma de modo admirable. Según sus primeros biógrafos, hablaba, enseñaba y escribía siempre apasionado por nuevas cuestiones, nuevos argumentos, nueva formulación y nuevo método. Los profetas Pedro de Córdoba, Antonio de Montesinos, Bartolomé de Las Casas intuyeron y concretaron el humanismo naciente que Francisco de Vitoria, contemporáneo de Lutero y Erasmo, exponía en las aulas de Salamanca: los derechos humanos tienen algo de divino.

Por eso recibí con gratitud la sensibilidad y la invitación del Vaticano II a leer y discernir los signos de nuestro tiempo como lugar donde deja su eco la voz de Dios. Esa perspectiva de la constitución *Gaudium et Spes* tiene sólido fundamento en la encarnación, y lógicamente responde al carisma dominicano cuyo centro es Jesucristo, la Verdad sobre Dios y sobre el hombre. A primera vista el mal de nuestra sociedad se manifiesta en la pobreza, opresión y deterioro humano de las personas; pero esta situación coincide con la muerte de Dios que ha entrado en eclipse, ha caído en el olvido. Pienso que ya no podemos ni debemos volver y quedarnos con una visión premoderna de la divinidad rival, controladora y juez insobornable de los seres humanos. Es la gran oportunidad de recuperar y anunciar al Dios encarnado por amor y como amor gratuito para perfeccionar a la humanidad y a la creación.

#### *d) Estudio y liturgia*

En mi existencia como dominico estos dos medios esenciales han ido inseparablemente unidos. Cuando terminé mis estudios institucionales manifesté al entonces P. Provincial mis preferencias: misiones, sociología o teología. El mismo se quedó sorprendido ante campos aparentemente tan dispares. Después he reflexionado sobre ello, y he descubierto la clave de unidad en los tres ámbitos: servicio a la vida de los seres humanos anunciando el evangelio de Jesucristo; podía prestar este servicio en las misiones, estudiando sociología como medio para conocer la situación de los hombres y mujeres; y mi vocación teológica respondía también a ese apasionamiento por ayudar a la humanidad. El estudio para mí no ha sido tanto una obligación impuesta cuanto una necesidad exigida por mi celo apostólico. Al ver los problemas y la confusión de la gente, no tengo más remedio que meterme a fondo en ellos, informarme, escuchar lo que dicen otros, discernir y aclararme personalmente para dar alguna luz a los demás. Es verdad que mis primeros artículos de investigación, de acuerdo con el modelo de comunidad tradicional que vivía entonces, están dedicados a cuestiones más o menos especulativas, aunque siempre buscando el lado novedoso y actual de las mismas. Pero, en general, la motivación primera, el enfoque y la redacción de todo lo que he escrito, no ha sido el avance de la investigación en temas especulativos, sino la predicación del evangelio, la versión del mensaje cristiano elocuente para mis contemporáneos

A lo largo de mi vida como dominico he tenido que soportar y solucionar una difícil tensión entre dos demandas o exigencias: estar con la gente

compartiendo su vida, y servir a esa gente con el anuncio del evangelio; conversar acogiendo las alegrías y los fracasos, las intuiciones y los interrogantes, de hombres y mujeres; pero también separarme de la gente y, mediante reflexión y estudio en mi celda, buscar respuestas que transmitan confianza. Una tensión que resulta ineludible a la vocación del predicador, y que cada dominico debe resolver histórica y concretamente. Por eso el estudio en esa vocación es un medio "esencial". Nada más contrario a la misma que reducir los estudios a unos años de cursos institucionales o para conseguir títulos académicos. Sin la curiosidad por conocer mejor todo lo verdaderamente humano y sin el estudio permanente y concienzudo no sólo del evangelio sino también de lo nuevo que continuamente brota en nuestro suelo, no hay vocación dominicana ni es posible una realización gratificante de la misma.

No me gusta separar el estudio de la liturgia. En mi empeño de pensar el mundo y a la humanidad histórica desde Dios tal como se ha revelado en Jesucristo, continuamente llegan los límites que me recuerdan algo muy elemental: la fe cristiana, la predicación y la teología se mueven y avanzan sólo en el interior del misterio, que se ha percibido como amor inabarcable pero cercano. Su contenido no se agota con el estudio ni es sometible a esquemas intelectuales, pero se puede celebrar, festejar y gustar parcialmente, mientras se proclama y anhela un encuentro definitivo con ese amor. Es el sentido que ha tenido para mí la celebración litúrgica. Siempre me ha gustado el coro y he participado asiduamente. Todavía recuerdo casi de memoria piezas del gregoriano en las grandes solemnidades, si bien no siento nostalgia por aquello; la renovación de la liturgia en el concilio ha significado un paso muy significativo hacia delante. Sigo participando en esta liturgia comunitaria y renovada, pero tengo miedo no sólo al rubricismo y a la rutina; echo de menos en mí una suficiente fe vivida en la cotidianidad que luego expicite y confiese con mis hermanos en expresiones elegidas por la comunidad cristiana. Últimamente soporto cada vez menos rezar las horas litúrgicas para cumplir lo mandado, y siento la necesidad de hacer oración en esa liturgia pero con mayor libertad y creatividad; tengo la sensación de que a veces sobran palabras, salmos y lecturas, mientras faltan momentos de silencio para interiorizar y gustar ese misterioso encuentro con Dios, encarnado en Jesucristo y activo como Espíritu de vida en el mundo y en la humanidad. Al fin y al cabo la comunidad cristiana que celebra la liturgia, no es más que parte del mundo y de la humanidad, que ha descubierto, gusta y celebra esa presencia.

#### *e) El espíritu democrático*

En su conducta histórica Domingo de Guzmán actuó con reciedumbre, pero no por imposición. Expresamente quiso que las leyes nunca obligasen a culpa: si en los conventos, decía, llegaran a prevalecer las normas sobre la responsabilidad de las personas, iría "y rasparía esas normas a cuchillo". Para el buen funcionamiento de la comunidad, las leyes deben ser cumplidas y para ello existen unas sanciones; pero la única ley de los cristianos es la gracia del Espíritu que nos hace hijos y no esclavos.

Esta confianza en la libertad responsable de las personas ha marcado democráticamente la forma de gobierno, el ejercicio de la autoridad y de la obediencia, y ha fomentado la convivencia en pluralismo. En la orden dominicana los superiores son elegidos por voto de los religiosos; ellos determinan quién deber ser el superior de la comunidad, quién el provincial y quién el maestro de la Orden. Los cargos son siempre por un tiempo y así no hay posibilidad de sacralizar el poder ni a los religiosos que lo ejercen. Entre nosotros no hay "abad"; sólo Dios es el "Abba"; quien desempeña el cargo de superior es llamado "prior", el primero de los hermanos, el servidor de todos. En el ejercicio de la obediencia la persona, su forma de ser y su decisión ocupan un lugar prioritario; la dispensa de observancias cuando la ocupación o situación personal del religioso lo demande, viene a ser un detalle bien significativo.

Durante mi vida religiosa he tenido varios superiores; y como sensación general puedo concluir que, si han pecado por algo, ha sido por la tolerancia y paciencia. Ese talante democrático también hace posible la convivencia de religiosos con distinta mentalidad e ideología, si bien a veces el pluralismo provoca tensiones y, lo que es casi peor, indiferencia o desentendimiento del otro que no piensa como yo. Pero ese mismo talante muchas veces viene a ser terreno abonado para el individualismo, que impide llevar adelante proyectos comunes.

En las distintas comunidades el proyecto de misión común evitaría que cada uno dispare como un francotirador; la cerrazón de las provincias celebrando sus viejas glorias ha impedido elaborar y llevar a cabo proyectos interprovinciales cada vez más urgentes en la situación actual de la sociedad y en la escasez de religiosos. Por mi forma de ser, no me va el carisma ni la antropología de otras congregaciones más verticalistas en el ejercicio de la autoridad y de la obediencia; pero comprendo que, a la hora de realizar la misión, son más eficaces que nosotros. Al menos en parte, tal vez por la relevancia que se concede a la personalidad singular de cada religioso, el individualismo es una de las tentaciones y lacras más serias entre los dominicos. Con frecuencia cada uno se monta su chiringuito que nace y muere con él, sin que haya el suficiente control comunitario ni la debida sucesión generacional.

A pesar de todos los inconvenientes el espíritu democrático, que sin duda es difícil y no lo eficaz que uno quisiera, sigue siendo un aspecto del carisma dominicano que me satisface. Nuestra forma de gobierno, en el ejercicio de la autoridad y de la obediencia, es imperativo de nuestra visión de Dios y del ser humano revelada en la conducta histórica de Jesús. Dios no es poder que domina, ni siquiera inteligencia que lo explica todo; esencialmente se ha manifestado como padre, amor gratuito e incondicional que nunca destruye ni oprime a su criatura. El ser humano es imagen de Dios y ha sido puesto en manos de su propia decisión. Hay en el fondo y como sólido fundamento para la democracia una visión optimista de la humanidad y una confianza sin límites en la dignidad de la persona humana. Los dominicos nacieron para combatir el maniqueísmo dualista. En esa convicción Domingo de Guzmán dispersó por el mundo, y en distintas latitudes bien distantes, a los primeros

dominicos, confiando en que serían capaces de ser ellos mismos, decidir en culturas y lenguas muy diversas, y encontrar formas de gobierno adecuadas. El espíritu democrático ha instaurado en la Orden el diálogo y el debate intergeneracional que le ha permitido ir abriéndose y aceptar nuevas culturas, nuevas mentalidades y nuevas formas. En sus ocho siglos de historia los dominicos han demostrado la capacidad que tienen para dejar que muera lo viejo y que nazca lo nuevo que puja por nacer.

La democracia es un proyecto audaz y expuesto a todas las ambigüedades que amenazan el ejercicio de la libertad humana, pero tiene una inspiración teológica:

Dios prefiere personas libres aunque no actúen según el proyecto creador de vida en plenitud para todos, que personas sumisas a lo mandado como esclavos que abdican de su libertad. Es verdad que la democracia tiene muchas tentaciones: anarquía, individualismo, ineficacia en las tareas comunes; por eso algunos pensadores se han opuesto al régimen democrático. Pero, en realidad, es el único camino para desarrollar la libertad y responsabilidad de las personas. Claro está que, una vez más, la democracia sólo funciona bien y da su fruto a favor del crecimiento comunitario y de la misión, si la libertad de las personas está animada, transformada y perfeccionada por la gracia; si la autonomía es fruto de la teonomía o cercanía experimentada de Dios, que, según la simbólica trinitaria, es comunidad de tres personas distintas que mutuamente se aman y se afirman en la lógica del amor.

El espíritu democrático no impide que también irruman en nuestras comunidades y organismos institucionales lacras que lo dificultan o pervierten. Todos llevamos dentro la raíz de politiqueros y zorrerías que fácilmente afloran en elecciones de candidatos o proyectos a realizar. A pesar de que nuestra legislación trata de salvaguardar siempre la participación activa y responsable de todos los religiosos, el niño dictador que todos llevamos dentro asoma una y otra vez con distintas versiones. Un sabio formador me decía: "que no te toque de superior un fraile corto y ambicioso; te hará la vida imposible porque tratará, sin darse cuenta, de aplastar tu propia personalidad". A veces ocurre que algunos frailes, más celosos de mantener las instituciones que de afirmar a las personas, más preocupados por mantener el "statu quo" que por abrirse a lo nuevo, valoran como santo al sumiso que a todo dice "sí", mientras desapruaban e incluso tratan de reprimir a los promotores de cualquier cambio. Cuando en 1978 salí del convento de San Esteban para iniciar la nueva comunidad en Vallecas, un religioso buen amigo me decía: "con tu salida de este convento has perdido para mí muchos puntos"; prefería la sumisión y permanencia en lo conocido, que cualquier riesgo buscando lo nuevo. A pesar de estos y otros fallos, el espíritu democrático permanece y es impulso para comenzar de nuevo cada día ese proyecto de comunidad donde todos sean sujetos libres y responsables en orden a un objetivo común que nos ha reunido.

Tomado de Un itinerario de Iglesia San Esteban Salamanca. 2002